VALOR, CONSTANCIA Y SENCILLEZ

DescripciÃ³n

EL PAPA SIXTO Y SAN LORENZO

Hoy celebramos a un santo muy famoso de la ciudad de Roma: san Lorenzo, diÃ¡cono y mÃ¡rtir. De hecho, es un santo muy venerado en Roma, en Italia.

En la misma ciudad de Roma hay tres iglesias muy importantes que tienen un sÃmbolo, cada vez que uno ingresa, que nos hace ver que es una iglesia de san Lorenzo: es el sÃmbolo de una parrilla, porque es justamente el modo como muriÃ³ san Lorenzo.

La vida de san Lorenzo estÃ¡ ligada al papa Sixto que hace poco de hecho, celebramos la memoria, la fiesta del Papa Sixto, el 6 de agosto. Porque el papa tenÃa unos ayudantes, unos ministros, que eran unos diÃ¡conos -eran siete, en concreto- y uno de ellos era san Lorenzo.

El papa Sixto muriÃ³ martirizado cuando celebrÃ³ misa en un cementerio de Roma; muriÃ³ junto con otros cuatro diÃ¡conos, asesinados por la policÃa del emperador. Entonces san Lorenzo, en cierto modo, se quedÃ³ a cargo de la Iglesia, al menos de las gestiones del momento que tenÃan que hacer.

LOS VERDADEROS TESOROS

Y le llegÃ³ su momento cuando el alcalde de la ciudad de Roma -un pagano, alguien que servÃa al emperador-, llamÃ³ a Lorenzo y le dijo que tenÃa que reunir todos los bienes que tenÃa la Iglesia. Se habÃa enterado de que la Iglesia tenÃa cÃ¡lices de oro, candelabros de oro, cosas muy valiosas, para que las entregara. AsÃ, con el valor de esos bienes, el emperador podrÃa costear una guerra que iba a empezar.

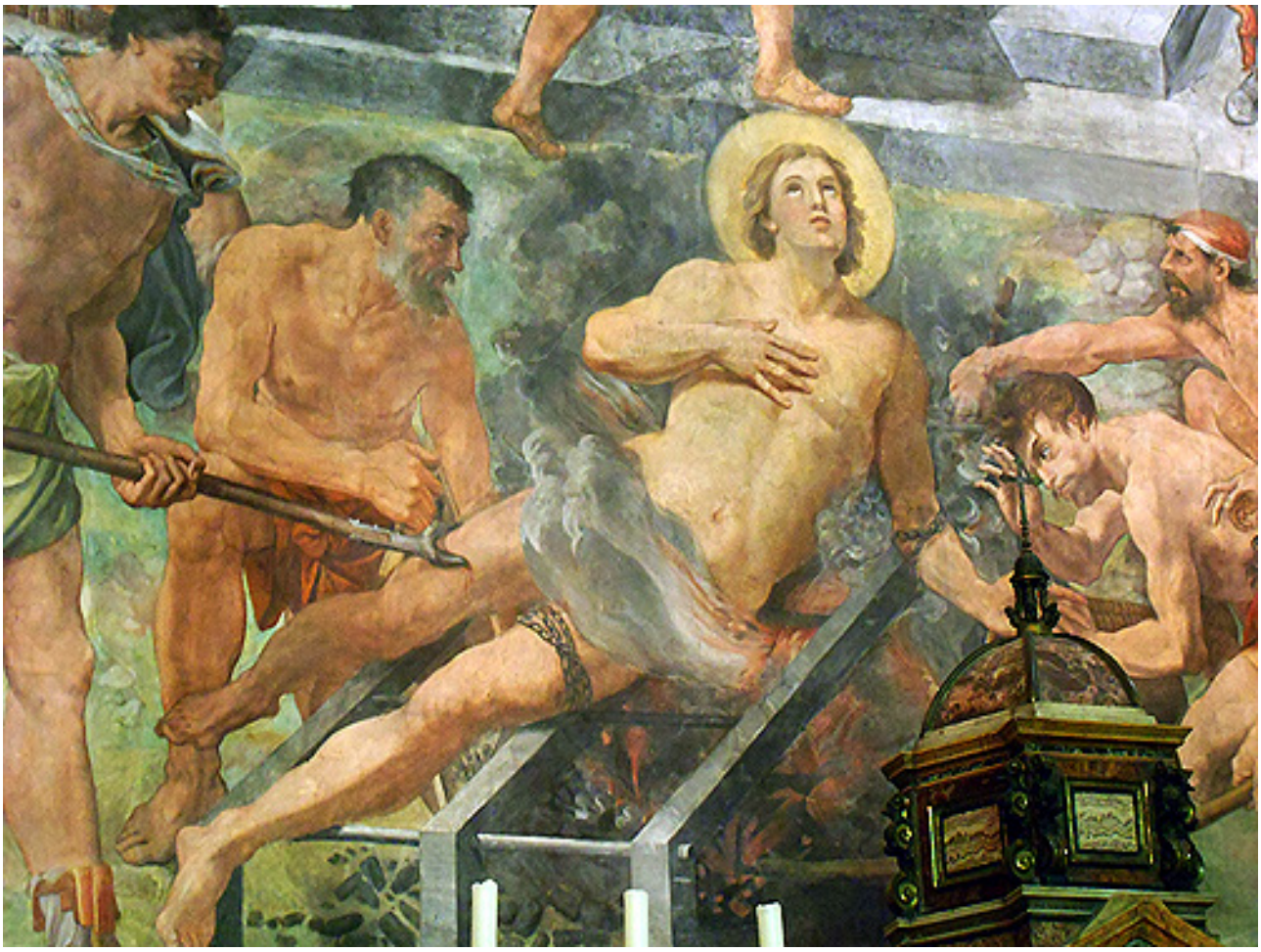
San Lorenzo dijo: – O.K. Dame tres dÃas para reunir todos esos bienes de la Iglesia, y le aseguro que el emperador tendrÃ¡ unos bienes de muchÃsimo valor.

Y lo que hizo fue mÃ¡s bien reunir a aquellas personas, que el papa Francisco hoy en dÃa denomina como los descartados, parte de esa cultura del descarte. Entonces fue invitando a todos los pobres, lisiados, mendigos, huÃ©rfanos, viudas, ancianos, ciegos, leprosos, a los que Ã©l -la Iglesia-, ayudaba con limosnas, con comida, con atenciÃ³nâ?¦

San Lorenzo, despuÃ©s de haberlos reunido, al tercer dÃa los hace formar en filas y llamÃ³ al alcalde diciÃ©ndole: â??Ya tengo reunidos todos los tesoros de la Iglesia, y le aseguro que son mÃ¡s valiosos

de los que posee el emperadorâ??.

Y por supuesto, como era de esperar, el alcalde de Roma estaba lleno de cÃ³lera porque Ã©l esperaba encontrar oro y plata; en cambio, se encuentra con, dirÃamos, aquellas personas que Ã©l consideraba descartadas, que no tenÃan ningÃºn valor.



EL MARTIRIO DE SAN LORENZO

Entonces, obviamente, presa de esa cÃ³lera, pensando que Lorenzo se estaba burlando de Ã©l, lo que hizo fue mandarlo a matar, pero no con una muerte instantÃ¡nea cortÃ¡ndole la cabeza, sino que le dijo que le harÃa morir poco a poco, para que padeciera, para que sufriera.

AsÃ que mandÃ³ que encendieran una parrilla de hierro y allÃ pusieron al diÃ¡cono Lorenzo. Desde ahÃ hay muchas costumbres, muchas tradiciones, muchos relatos, que Lorenzo estaba allÃ en la parrilla y que pidiÃ³ que le dieran la vuelta para asarse mejor.

Independientemente de estas tradiciones, que pueden o no ser ciertas, o nos pueden gustar mÃ¡s o menos, lo importante es ver la vida de este santo y cÃ³mo nos puede ayudar a ti y a mÃ.

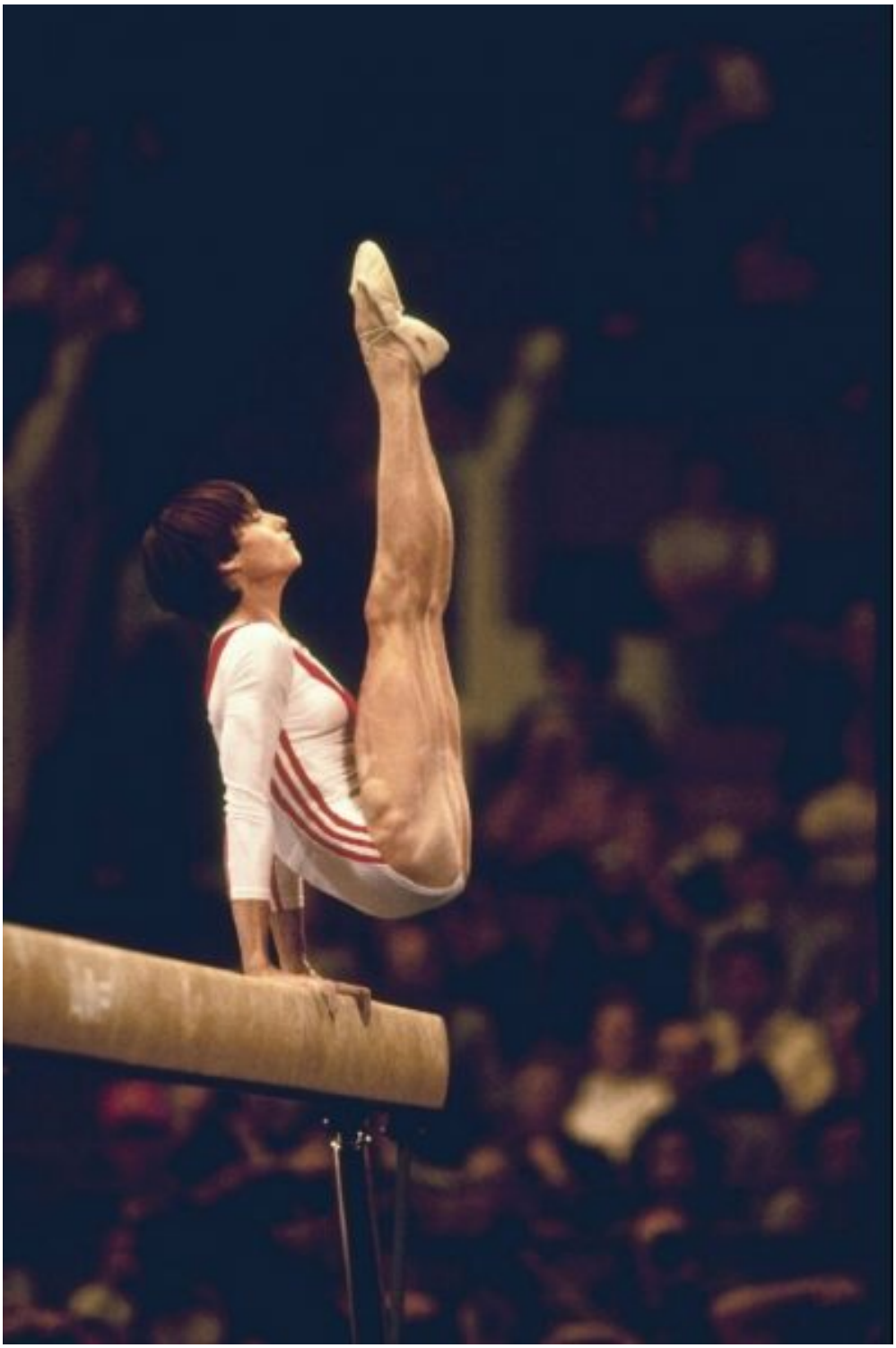
MUCHOS SE CONVIRTIERON

Porque desde ese momento en el que muere san Lorenzo, martirizado en esa parrilla -de ahÃ que en esas basÃlicas de san Lorenzo en Roma haya este sÃmbolo de la parrilla-, pues fue un gran ejemplo para mucha gente, porque lo que nos cuentan algunos santos, como San Ambrosio y San AgustÃn, es que, a partir de la muerte de San Lorenzo, mucha gente en Roma se convirtiÃ³.

De hecho, el poeta Prudencio dice que el martirio de san Lorenzo sirviÃ³ mucho para la conversiÃ³n de Roma, porque el ver el valor y la constancia de este gran hombre, hizo que muchos senadores se convirtieran al cristianismo, y poco a poco la idolatrÃa fue disminuyendo y la ciudad se convirtiÃ³. Y de ahÃ Roma serÃ¡ el centro del cristianismo, el centro del catolicismo, por, como dice este poeta, el valor y la constancia.

Â â??Y es aquÃ donde, SeÃ±or, querÃamos pedirte justamente, ese valor y esa constancia de san Lorenzo y de todos los santosâ??.

Ese valor, esa fuerza que es Cristo: nuestra fuerza es Cristo. De allÃ que sean muy importantes la oraciÃ³n y los sacramentos. Pero la fuerza es prestada, es un don de Dios.



VALOR Y CONSTANCIA

Hemos terminado, hace un par de dÃas, los Juegos OlÃmpicos Tokio 2020 y seguramente hemos disfrutado viendo algunas competencias. Algunas que te gustan mÃ¡s -a mÃ me llama mucho la atenciÃ³n los gimnastas que hacen todas estas pruebas, estos saltos que parecen imposibles.

Â¿Y quÃ© es eso? Es una muestra de la constancia. Hacen unas piruetas, unos saltos, que parecen muy fÃ¡ciles pero que realmente son muy difÃciles, pero ha habido mucha constancia. Y a veces tienen varios intentos, y en el primer intento no sale, y en el segundo tampoco, pero al tercero sÃ.

Ese es el espÃritu deportivo que Dios espera de nosotros en la santidad.

â??Porque TÃº, SeÃ±or, eres consciente de nuestra debilidad, pero nos dices: EspÃ©rate, cuentas conmigo. Yo estoy contigoâ??.

Y de ese modo, en ese valor, con esa fuerza que es Cristo, con esa constancia, pues tÃº y yo podemos dar ese ejemplo de hijos de Dios. AllÃ donde estemos, cada uno: en nuestra casa, en la universidad, en el trabajo, en el barrioâ?¦

Daremos ese ejemplo para que muchas personas se decidan a vivir la vida de hijos de Dios. Para que se decidan seguir a Cristo. Para que se decidan a dejar todo aquello que no va con la fe, con la fe en Jesucristo y con lo que Dios quiere de nosotros para que seamos felices.

LA VIRTUD DE LA HUMILDAD

Y tal vez otro ejemplo u otro camino que podamos seguir, nos lo da el Evangelio de la Misa de hoy, el Evangelio de san Mateo:

â??SucediÃ³ que JesÃºs estÃ¡ rodeado de sus discÃpulos y le preguntan: Â¿QuiÃ©n es el mayor en el reino de los cielos?â??

(Mt 18, 1).

Parece que hay esta preocupaciÃ³n: quiÃ©n es el primero, el primer sitio, como tambiÃ©n nos puede pasar a nosotros. Y Â¿quÃ© hace el SeÃ±or?

â??LlamÃ³ un niÃ±o, lo puso en medio y dijo: En verdad os digo que, si no os convertÃs y os hacÃ©is como niÃ±os, no entrarÃ©is en el reino de los cielosâ?? (Mt 18, 2-3).

Pues junto a ese valor, a esa fuerza que es Cristo, y tambiÃ©n a esa constancia, podemos poner la humildad: el sabernos como niÃ±os que necesitamos de ese Padre que es Dios, de esa ayuda, esa ayuda que solo Dios nos puede dar.

Cuando a veces podamos creernos mejores que los demÃ¡s, creernos autosuficientes, y aunque en lo humano podemos serlo -talvez ya tengamos una cierta edad, ya nos valemos por nosotros mismos, trabajamos, pagamos nuestros gastos-, en la vida espiritual – Â¡y vaya que la vida espiritual es muy importante! -, necesitamos de Dios, necesitamos a este Padre tan grande que tanto nos ama.

Por eso tambiÃ©n acudimos a MarÃa SantÃsima, que es nuestra Madre, y le pedimos que nos obtenga de su Hijo esa fuerza que es la gracia; que nos obtenga esa constancia; que nos levante muchas veces cuando nos podemos caer, como los niÃ±os que aprenden a caminar.